



cilante, indeciso, asociado al vaivén. Esta forma de colocarnos en un lado o en el otro genera una angustia, que es el antecesor de nuestra ansiedad: «El no ser capaz de decidir entre esto y aquello», comenta el autor a ABC.

El vaivén

En tiempos de bandazos, la naturaleza pendular –e incluso inercial– del columpio invita a extraer de su mecanismo una lectura política para enmarcar las turbulencias del XXI. La primera, insiste Moscoso, tiene que ver con el hecho de que el columpio surge en sociedades en las que existe una subordinación y desigualdad estructural de la mujer. «Tanto en el Asia Central como en Ubrique, la permanencia del columpio denuncia las mismas angustias», explica el historiador. Lo pendular también permanece como advertencia. Cuanto más se escora el artefacto en una dirección, igual lo hará en la contraria. «Si estuviésemos dispuestos a entender que el tiempo no es lineal, que hay fenómenos políticos que van y vienen, etapas históricas que vuelven con otra cara, tarde o temprano... Si partiésemos de ese punto, volveríamos a Marx, a su idea de que la tragedia ocurre primero como tragedia y luego como farsa. Es decir, que los ciclos se repiten porque imitan lo ocurrido: que surja alguien que se cree Napoleón, quien a su vez se creyó Cicerón en su momento».

«¿Por qué enseñamos a los niños a jugar al ajedrez y no al póquer?»

► María Konnikova publica 'El gran farol', unas memorias de su vida en el juego

BRUNO PARDO PORTO
MADRID

Esta historia empieza con un libro de aspecto aburrido y título largo y termina con otro mucho más sugerente. El primero se llama 'La teoría de juegos y el comportamiento económico', de John von Neumann, uno de los mayores matemáticos del siglo pasado. El segundo es 'El gran farol' (Libros del Asteroide), de la doctora en Psicología María Konnikova. Lo que va de la lectura del primero a la escritura del segundo es digno de una película con escenarios brillantes (Nueva York, Las Vegas, Macao: esos sitios) y un guion tan inverosímil que por fuerza tiene que ser de verdad. En fin, esta es la historia de cómo una mujer que apenas sabía distinguir un rey de un as acabó ganando más trescientos mil dólares al año jugando al póquer.

Y como las grandes historias no va sobre el póquer, sino sobre la vida.

Konnikova llegó a Estados Unidos porque sus padres se marcharon de la Unión Soviética. Tal vez por eso siempre le preocupó cuánto había de azar y cuánto de virtud en su biografía. ¿Era

mérito exclusivamente suyo el ser la primera de su familia en llegar a la universidad? Quería saber hasta dónde llegaba su pericia, su libertad, así que devoró varios ensayos sobre el tema, y llegó a Von Neumann. Él odiaba los juegos de apuestas, pero adoraba el póquer. ¿Por qué? Porque en su opinión representaba el equilibrio entre habilidad y suerte que gobierna nuestro destino. «Es que es el único juego del casino en el que puedes ganar con las peores cartas, y en el que puedes perder con la mejor mano», explica Konnikova al otro lado de la pantalla.

Las ideas del científico despertaron algo en ella, y desde ese momento dedicó sus esfuerzos al póquer. Se dejó los codos estudiando, pasó horas y horas viendo partidas, y no paró hasta que consiguió a su entrenador soñado, que aceptó no se sabe muy bien por qué (ay, la suerte). Se trataba nada más y nada menos que de Erik Seidel, que es algo así como el Roger Federer del póquer, pero sin pelazo: un talento único que se resiste a caducar con el paso de los años. Un hombre que habla como un maestro zen, una leyenda que respira. Con él lo aprendió todo: a gestionar las emo-

ciones, a leer los rostros ajenos, a ser consciente de que un diez por ciento de probabilidad es una barbaridad, a no olvidar que nunca puedes controlarlo todo. A saber cuándo atacar. Y cuándo retirarse.

«El póquer te enseña muchísimo. Te enseña a pensar fijándote en la probabilidad, a aceptar la incertidumbre, a tomar la mejor decisión posible con la información de la que dispongas en una situación concreta. Y eso es muy importante en la vida», comenta Konnikova, entusiasmada. Y continúa: «Con el póquer ejercitas tu autocontrol, aprendes a manejar tus emociones, a ser racional cuando estás disgustado o cabreado. Y a leer a los demás, que es fundamental en este mundo... No le falta nada: están las matemáticas y, también, las emociones».

—¿Cree que deberíamos enseñar a jugar al póquer en los colegios? Si tan bueno es...

—Sí, por supuesto. ¿Por qué enseñamos a los niños a jugar al ajedrez y no al póquer? Yo creo que es un juego mucho más sólido, que te da muchas más destrezas para el futuro.

En 'El gran farol' resume perfectamente esta utilidad: «La probabilidad de que resbales en la ducha es mucho mayor que la de que sufras un ataque terrorista; pero intenta convencer a cualquiera de eso, especialmente si conocía a alguien que murió en las Torres Gemelas». Pensamos con las tripas, por eso al azar lo llamamos suerte, y por eso los casinos están llenos de personas que creen que tienen una buena racha.

Sostiene Konnikova que con el póquer se es muy injusto, porque se reduce a las apuestas y se iguala al resto de los juegos de azar, cuando es muy distinto. Además, asevera, «a día de hoy el póquer 'online' da mucho menos miedo que las plataformas de 'trading' como Robinhood y las inversiones en criptomonedas o NFT». Ahora, insiste, vemos a niños con 18 años en pijama invirtiendo miles de dólares «desde el sótano de la casa de su madre» y, muchas veces, «acaban apostando millones sin saber muy bien lo que están haciendo». ¿Y en el póquer no? «En el póquer solo puedes perder lo que hayas metido en tu cuenta. Y no se pueden aprovechar de ti si sabes cómo se juega».

Al final de su relato, tras narrar su odisea particular, Konnikova se pregunta: «¿Y cuál es el gran farol, el mayor de todos? Que la habilidad puede ser suficiente. Esa es la esperanza que nos permite avanzar en aquellos momentos en los que la suerte se nos muestra reacia, la fantasía útil que posibilita que sigamos adelante en lugar de rendirnos».

—¿Pero no decía que la vida se parecía al póquer?

—En el póquer importa mucho más la habilidad que en la vida real, donde la suerte importa un millón de veces más.

«El póquer te enseña a tomar la mejor decisión posible con la información de la que dispongas en una situación concreta»



La escritora María Konnikova // LONDON SPEERS